

UN PRIMO... PRIMO,

COMEDIA

EN UN ACTO Y EN VERSO,

ORIGINAL DE

**DON ANTONIO RAMIRO.**

Representada por vez primera con extraordinario éxito en el Teatro  
de JOVELLANOS el 3 de Febrero de 1862

SEGUNDA EDICION.



MADRID.

IMPRESA DE JOSÉ RODRIGUEZ.—CALVARIO, 18.

1880.

PERSONAJES.

ACTORES.

---

LUISA. ....	SRTA. GENOVÉS.
PEPA.....	SRTA. TUBAU.
MIGUEL LOPEZ.....	SR. MARIO.

---

La escena pasa en Madrid.

Época, la actual.

---

Esta obra es propiedad de los Sres. HIJOS de A. GULLON, y nadie podrá, sin su permiso, reimprimirla ni representarla en España y sus posesiones de Ultramar, ni en los países con los cuales haya celebrados ó se celebren en adelante tratados internacionales de propiedad literaria.

Los comisionados representantes de la Galería Lirico-Dramática titulada El Teatro, de dichos Sres. HIJOS de A. GULLON, son los exclusivamente encargados de conceder ó negar el permiso de representación y del cobro de los derechos de propiedad.

Queda hecho el depósito que marca la ley.

---

---

## ACTO ÚNICO.



Sala amueblada con lujo. Á la derecha una puerta que conduce al gabinete de Luisa: Puerta al foro y un balcón á la izquierda. Fóndo derecha é izquierda, dos consolas; y un sofá convenientemente colocado á la derecha, en primer término. Compréndase por derecha é izquierda la del espectador.

### ESCENA PRIMERA.

PEPA.

¡Vaya! ya están como el oro  
los suelos y las cortinas,  
y limpias como la plata  
las consolas y las sillas.  
¡Á ver si así rabia ménos  
esa doña *Laigartija*,  
que tiene el genio más malo  
y la sangre más indina  
que el toro más bravucon  
de los del señor Gaviria!  
¿Y todo por qué?... por nada:  
porque es viuda sin familia,  
y además de viuda es jóven,

y además de jóven, rica,  
y como va á hacer un año...  
pues, que se quedó *per istam*,  
claro está, desea un hombre...  
para que atienda á sus fincas.

Eso á la legua se ve:  
pero ella porque no digan  
que se enamora tan pronto  
quiere hacer gorda la vista.  
¡Tanto luto, y tanta cosa,  
y se pasa todo el dia  
mirando siempre al vecino  
por detrás de esas cortinas!  
¡Hay qué Dios! ¡cuánto se ve  
en esta pícara vida!  
¿Dónde estará ahora? ¡digo!  
¡pues *desque* se salió á misa  
la ha podido oír mayor,  
con sermon y letanía!  
se habrá ido á dar un paseo  
porque el vecino la siga.

(Déjase oír la campanilla de la puerta exterior.)  
Vamos, ya está ahí, veremos  
ahora cómo se explica.

(Pepa sale por el foro izquierda, figurando que va  
á abrir la puerta, y aparece en seguida, prece-  
diéndola Luisa, que entra muy precipitada y se  
deja caer en el sofá, diciendo á poco:)

## ESCENA II.

LUISA, PEPA y despues MIGUEL.

LUISA. ¡Jesús! estoy aburrida:  
vamos, yo no sé qué hacer,  
ese hombre es un Lucifer,  
un monstruo, un *mujericida*.  
Si voy á misa, él allí;  
si á poseo, allí tambien;  
si doy cien vueltas, él cien;  
si me siento, él junto á mí.

¡Hay paciencia que esto aguante!

reniego de ser mujer

porque no puedo poder

tíralo á la cara un guante.

PEPA. Sosiéguese usted, señora.

LUISA. ¡Si á dar voy un estallido!

tú no sabes, me ha seguido

por espacio de una hora.

PEPA. Déjelo usted.

LUISA. ¿Que lo deje?

eso es lo que yo quisiera.

Por no verle nunca... ¡diera!...

PEPA. (Ap.) (*Sais mais*, y gracias.)

LUISA. ¡Qué hereje!

¡qué mosca! ¡qué libertino!

¡no es chusco que sin llamarle

tengo siempre que encontrarle

en mitad de mi camino!...

Esto ya de raya pasa:

¿qué dirá de mí la gente?...

Por no vivir de él enfrente,

voy á mudarme de casa.

Lo dicho: es mi salvacion,

ó conmigo va á acabar.

¿Qué te quieres apostar (Á Pepa.)

á que está ya en su balcon?...

Asómate: vas á ver

como es verdad.

PEPA. (Ap.) (Así sea.)

LUISA. Procura que no te vea,

que si no, puede creer

que tambien le espfo yo.

Verás como el monigote

se está estirando el bigote...

(Durante los anteriores versos, Pepa ha llegado al balcon y dice despues de mirar.)

PEPA. Pues no está.

LUISA. ¿Que no!!!

PEPA. Que no.

LUISA. ¡Mujer, pues es muy extraño!

¿dónde estará?

PEPA. ¡Quién lo sabe!

- quizá al ver á usted tan grave  
querrá buscar otro apaño.
- LUISA. ¿Apaño has dicho? ¡insolente!  
¡habrá desvergüenza tal!  
aunque yo le trate mal,  
es persona muy decente.
- PEPA. Pero si yo...
- LUISA. Déjame.
- PEPA. Bueno, voy á la cocina.  
(Ap.) ¡Uf! que sangre tan indina.)
- LUISA. Escucha.
- PEPA. ¿Qué quiere usted?...
- LUISA. ¿Se habrá asomado?
- PEPA. ¿Quién?
- LUISA. ¡Toma!  
él.
- PEPA. No sé; puedo mirar.
- LUISA. Sin que lo llegue á observar,  
porque eso sería una broma  
muy pesada que creyera  
que tengo interés por él.
- PEPA. ¡Es claro! (Ap.) ¡Vaya un papel!  
¡y vaya una papelería!  
(Mira por entre las cortinas del balcon y dice:)  
Tampoco está.
- LUISA. ¡Méno malo!  
libre ya de su cinismo  
estoy contenta...
- PEPA. (Ap.) (Lo mismo  
que al que le atizan un palo.)
- LUISA. He decidido afanosa  
darle á entender mis desdenes,  
y ahí tienes.
- PEPA. (Ap.) ¡Tú sí que tienes  
muchas ganas de otra cosa!
- LUISA. ¿Aún no se ha asomado?
- PEPA. (Mirando) Aún no.
- LUISA. Nada, lo que dije yo,  
se le agotó la paciencia.  
Es claro, si era preciso; (Con sentimiento.)  
él es persona muy fina  
y... (Á Pepa.) Máchate á la cocina.

- PEPA. Bueno.  
(Al retirarse Pepa, se oye fuera la voz de Miguel que dice:)
- MIGUEL. ¿Da usted su permiso?
- LUISA. ¡Un hombre en casa á esta hora!
- PEPA. ¡Se quedó la puerta abierta!...
- LUISA. ¡Y quién entra por mi puerta!
- MIGUEL. Servidor de usted, señora. (En la puerta.)
- LUISA. (Ap.) ¡Él!
- PEPA. (Ap.) ¡Calle!
- MIGUEL. (Ap.) (Perfectamente, la gente al verme se asusta; pues señor, no me disgusta infundir miedo á esta gente.) Señora, si su indulgencia (Á Luisa.) disculpára mi osadía, á rogar me atrevería cinco minutos de audiencia.
- LUISA. ¡Pepa!... (Indicándola que se retire.)
- PEPA. Ya me voy, señora.  
(Ap. al retirarse.)  
(¡Si el mal humor le quitara!)
- LUISA. (Ap.) ¡Él aquí! ¡quién tal pensara!
- MIGUEL. (Ap.) (Pues señor, esta es mi hora.)
- LUISA. (Id.) ¡Como se llegue á clavar!...
- MIGUEL. (Id.) (Restemos de pillo á pillo.)
- LUISA. (Id.) ¡Ya estoy viendo al pobrecillo pedir... (Á él) Puede usted empezar.  
(Luisa indica á Miguel que tome asiento; éste obedece, yendo á colocar una silla cerca del sofá, en el cual se habrá sentado Luisa.)
- MIGUEL. Señora, no sé por dónde voy á empezar mi embajada, ¡yo soy tan corto de genio!
- LUISA. (Ap.) (Ya se ve.)
- MIGUEL. Que me coartan la libertad de expresarme todas las cuestiones árduas.
- LUISA. Pues le advierto que los cinco minutos corren que rabian.
- MIGUEL. Es verdad, en ese caso, allá voy, y... pecho al agua.

Señora: hará cuatro meses  
que un jóven de buena estampa,  
con más ingleses que Lóndres  
encierra en calles y plazas,  
con algo de presumido,  
con partidas muy serranas,  
con un ingenio no corto,  
con unas manos muy largas,  
con rasgos de hombre de mundo,  
y con ínfulas de...

LUISA.

Basta.

MIGUEL.

Recibió de su buen padre  
una muy atenta carta,  
en la que sin circunloquios  
alegre le noticiaba  
que iba á casarlo en seguida  
con una linda muchacha  
prima del hijo del padre  
que suscribía la carta,  
viuda y rica, por más señas,  
sin madre, que era otra ganga,  
y en fin, todo un buen partido  
como se dice en España.  
El padre del jóven este  
empeñó formal palabra  
de pagar las deudas todas  
del hijo de sus entrañas,  
si, como tal presumía,  
su voluntad acataba;  
pero el chico, que no era,  
justicia haciéndole, rana,  
y que á más no conocía  
á la viudita nombrada,  
no creyó muy oportuno  
tomar entónces casaca.  
y esto origen dió á que el padre  
con él se llamase andana.  
Entónces se levantó  
contra el hijo una cruzada,  
compuesta de zapateros,  
sastres, cocheros de plaza,  
sombriereros y patronas.



fondistas y otras alhajas,  
y triste y desesperado,  
sin un cuarto ni una sala,  
se decidió formalmente  
á levantarse la tapa  
del sitio donde se encierra  
eso que el seso se llama,  
y obcecado en el suicidio,  
renegando de su estampa,  
y afanoso y anhelante,  
por escribir sin tardanza  
el *finis coronat opus*  
de su vida acibarada,  
sin más demora, á la calle  
lanzóse en busca del arma.

LUISA.

¿Y la encontró?

MIGUEL.

Sí, señora.

LUISA.

¿Algun obús? (Con tono zumbón.)

MIGUEL.

Casi, casi.

LUISA.

¿Carabina?

MIGUEL.

Cerca le anda.

Encontró una *cara buena*  
ó sea una buena cara,  
y como lo bueno es caro,  
ni alcanzar una mirada  
pudo cara á cara el pobre  
de los ojos de la ingrata.  
Mas pronto el semi-suicida  
concebó otra idea rápida  
y... «suicidio por suicidio»  
se dijo: «hé aquí mi arma.»  
De morir envuelto en humo  
á morir envuelto en faldas,  
no existe más diferencia  
que la que... pues, la que haya.  
Conque valor, y á morir,  
que á nadie esta muerte espanta.  
Desde aquel día, señora,  
el suicida en flor ó en planta,  
dispuso enmendar del todo  
su conducta relajada;  
ejerció su profesion,

amó en silencio á la dama,  
fué tras ella cuatro meses  
por tarde, noche y mañana,  
y hoy no siéndole posible  
callar más tiempo, me manda  
á decir á usted, señora,  
que la quiere, que la ama,  
que el ver á usted es su anhelo,  
que el amor de usted es su alma,  
y en fin, para hablar más claro,  
que le está usted haciendo falta.

LUISA.

¿Concluyó usted ya?...

MIGUEL.

Tal creo.

LUISA.

(Ap.) ¡Qué situación, Virgen santa!  
¡y es el caso que me gusta!  
¡tiene el maldito una gracia!  
pero... ¡qué dñrá la gente  
si tan pronto!... nada, nada,  
voy á echármelas de brusca  
y salga por donde salga:  
justo.) (Á él.) Caballero; yo,  
á quien todos llaman franca,  
que no gusto de rodeos  
porque me hizo Dios muy clara,  
que doy á usted por su afán  
las más expresivas gracias,  
contéstole que no sirvo  
para curar papanatas.

(Ap.) (Rabia un poco; lo que es de esta  
ni en un año te levantas!)

MIGUEL.

¡Papanatas!... tiene un título  
que le abona en su demanda.

LUISA.

¡Tantos títulos se ven  
que no sirven para nada!

MIGUEL.

Es que hay títulos de títulos...

LUISA.

Pues los haya ó no los haya  
ruego á usted que se reserve  
el amor que me declara.

MIGUEL.

En nombre de otro, señora.

LUISA.

¡Cómo!

MIGUEL.

Que otro es quien me manda,  
y yo, cumpliendo el deber,

que impone una amistad santa,  
vine á hacer á usted presente  
cómo un mi amigo se halla.

LUISA. Conque no es usted? (Ap.) ¡Dios mio,  
qué rubor!

MIGUEL. ¡Quién tal pensára!...

señora, yo no he nacido  
para esclavizar mi alma.  
¿Conque á ese amigo, le anuncio?...

LUISA. No, no le anuncie usted nada:  
y si no, anúnciele usted, (Con ira.)  
que... ¡qué sé yo!... que me enfada,  
que no le puedo ni aun ver,  
que se excuse de embajadas;  
y que...

(Reparando en Miguel que la mira con fijeza.)

¿Usted por qué me mira  
con tan ridícula cara?

MIGUEL. ¡Ridícula! no hay de qué.

LUISA. Es favor.

MIGUEL. (Ap.) ¡Á que me araña!  
Pues señor, para este viaje  
las alforjas no hacen falta:  
voy á propalar que hay casos  
de cólera ya en España.)

(Á ella.) Señora, á los piés de usted. (Sale.)

LUISA. Vaya usted... (Ap.) (enhoramala.)

## ESCENA IV.

LUISA, y despues PEPA.

LUISA. ¡Yo burlada de este modo!  
¡Yo de esta suerte burlada!...  
¡Y no es feo! ¡qué ha de serlo!  
peor para mí, por desgracia.  
¡Hipócrita!... por supuesto, (Con ira.)  
que el otro que dice, es farsa:  
es él, es él, pero ahora  
podrá decir á sus ancha:  
¡el gran petardo del siglo,

he dado á esa doña sándia!

(Déjase caer sobre el sofá en la mayor desesperación.)

¡Dios eterno! ¡qué vergüenza!

(Pepa aparece en la puerta del foro, y al ver la angustia de Luisa, exclama:)

PEPA. ¡Señorita! ¿qué le pasa?...

LUISA. Yo no sé, Pepa, me muero.

PEPA. ¿Quiere usted algo?

LUISA. No, nada.

PEPA. Llamaré al médico.

LUISA. No,

no está en Madrid el de casa.

PEPA. No le hace, diré al portero que busque otro sin tardanza.

(Ap. y dirigiéndose á la calle.)

(Se me figura que aquí ha habido toros y cañas.)

## ESCENA V.

LUISA, y despues PEPA.

LUISA. ¡Si el hombre es una serpiente!  
¡si es un tigre cada cual!  
¡si es un perro sin bozal  
que clava á su gusto el diente!  
¡Podrá saberse por qué,  
para evitar muchos males,  
los dignos municipales  
no les dan... lo que yo sé?  
¡Qué dichoso quedaría  
el mundo sin hombre alguno!  
¡Válgame Dios! ¡cuánto tune  
de en medio se quitaría!  
Yo no sé cómo hay mujer  
que sabiendo de antemano  
que todo hombre es un tirano,  
su esclava se obliga á ser.  
Mas si el hombre es esclavista,  
inhumano y sin conciencia,

yo, que odio la violencia,  
llámome abolicionista.  
Cese vida tan penosa,  
que el sexo no importa un pito:  
en ese libro está escrito  
que se arregla ya la cosa.

(Toma uno que deberá haber sobre una de las con-  
solas, y lee lo siguiente:)

«Cual de la verdad, baldon  
»es de la mentira el dolo,  
»de la libertad, es solo  
»la esclavitud, negacion:  
»en sofistica razon  
»funda esta su liviandad,  
»mas la culta sociedad  
»alza ya en su rectitud,  
»tumbas á la esclavitud,  
»templos á la libertad.»

Eso es, despues de esta cita  
venga alguno á enamorarme,  
juro que ántes de casarme  
consiento en ser...

PEPA. (Entrando.) ¡Señorita!

LUISA. ¿Quién?

PEPA. Ya he mandado al portero  
á por un médico.

LUISA. ¿Sí?

no hace falta: hombres aquí,  
ni aun de médicos los quiero.

(Se retira á su gabinete.)

## ESCENA VI.

PEPA, y despues LUISA y MIGUEL.

PEPA. ¡Me parece que ésta quiere  
estar tocada tal vez!  
por una parte pregona  
que está como está muy bien  
y que los hombres son copia  
del *mesmo* don Lucifer.  
Por otra parte un consuelo

necesita en su viudez,  
y desea y va buscando...  
lo que cada quisque, pues.  
¡Pero como esta, son muchas  
que por el mundo se ven,  
de hipócritas rematadas  
haciendo el doble papel!...  
entre la gente:—Hombres fuera;  
solas.—Aquí me los den.  
¡Y luego á una la *cretican*  
porque piensa una al revés  
y se *pirria* por un mozo  
de talla y con mucho aquel! ..  
¡Miste que es grande, Señor!  
por qué no ha de responder  
una, cuando se tropieza  
á uno que dice «*chipé*,  
bendito sea ese garbo  
y ese cuerpo y ese... ejem!  
y esos ojos que son dos  
carabinas la *menié*!  
míreme usted, salefosa,  
que si no me mira uste,  
me tomo con mi *premisio*,  
como dos y una son tres,  
la licencia *disoluta*,  
y me las *jiyo* al cuartel.  
¿Mira usted, ó no?—Ya le miro.  
—Venga el santo.—San José.  
—Seña.—La calle del Nuncio.  
—Contraseña.—Veintitres.  
—¿Hay paso al cuerpo... de guardia?  
—Lo veremos.—Retebien.  
—Mi vida, ¿estás una trucha!...  
—Compañero, ¿estás un pez!  
—Así me gusta la gente:  
ven y te convidaré  
á comer unos *muñuelos*,  
y unas copas á beber.  
—Pues al avío.—Al avío,  
que ya mi avío encontré.  
Viva la sal de cocina!...

—Viva la sal de cuartel.»  
Esto priva cuando ménos;  
y no *aspamientos* hacer,  
porque ha mirado el vecino  
con un poco de interés,  
cuando no quiere otra cosa,  
y eso bien claro se ve,  
sinó que el tal vecinito  
deje vecino de ser:  
¡vamos que se *necesita*  
alma para este papel!  
¡Pero creo que algúien llega!  
¿será el médico?... sí, él es,  
oigo la voz del portero.  
(Llegándose á la puerta del gabinete.)  
¡Señorita!... Aquí está.

LUISA. (Apareciendo en aquella.) ¿Quién?

PEPA. El médico.

LUISA. Pues que pase.

PEPA. (Llegándose á la puerta del foro.)  
Caballero, pase usted.

MIGUEL. (Presentándose en ella y ap.)  
(Cero y van dos.)

LUISA. (Sorprendida y ap.) ¡Cielo santo!

PEPA. (Ap.) ¡El vecino aquí otra vez!  
Bah, pues aquí no hago falta.)  
(Se retira por la puerta del fondo.)

MIGUEL. (Dirigiéndose á Luisa.)  
Señora, á los piés de usted.

## ESCENA VII.

LUISA y MIGUEL.

LUISA. Puede usted tomar asiento.

MIGUEL. ¡Ya que es usted tan amable!...  
(Sentándose.)

LUISA. (Ap.) ¡Y anuncia la otra al médico!  
Estas criadas no saben  
lo que se pescan: ¡cuidado  
que estoy en bonito trance!

MIGUEL. Háseme dicho, señora,

que ha sufrido usted un ataque  
no sé de qué... y yo, cumpliendo  
con mi deber, al instante  
vengo...

LUISA. (Interrumpiéndole.)  
En nombre... de su amigo  
de mi salud á enterarse?...

Gracias mil doy á los dos.

MIGUEL. No hay de qué.

LUISA. ¡Oh! sí.

MIGUEL. ¡Adelante!

Pero notifico á usted  
que mi amigo nada sabe.

LUISA. ¿Es decir, que usted ha venido  
*mottu* propio?...

MIGUEL. Casi, casi.

LUISA. Esto es más de agradecer.

(Ap.) (Vamos, ya empieza á explicarse.)

¡Pobrecillo! ¿y qué le digo

cuando llega tan amable

á saber si... ¡Dios me dé

fuerzas para dominarme

en trance tan apurado!...)

Pues ese afán incansable (A él.)

que sabe usted demostrar

de mi salud al tratarse,

sólo premiar puedo yo

ofreciendo sin ambages

esta casa, que es muy suya.

por si gusta visitarme.

MIGUEL. Á eso he venido, señora:  
y desde hoy en adelante,  
prometo á usted formalmente,  
que por mañana y por tarde  
le haré al día tres visitas,  
mientras enferma se halle.

LUISA. (Ap.) (El niño se queda corto.)

MIGUEL. Creo que será bastante:  
pero si acaso el estado  
en que pueda usted encontrarse  
exige más, ya vendré  
de noche.



- LUISA. (Con rapidez.) ¡Qué disparate!  
de noche no estoy visible.
- MIGUEL. ¿Y si su mal se agravase?...
- LUISA. Ya estará el médico aquí.
- MIGUEL. Lo comprendo, no ausentándome...
- LUISA. Pero... ¡cómo! ¿usted quién es?
- MIGUEL. ¡Que quien soy! ¿usted no sabe  
quién soy?...
- LUISA. No señor.
- MIGUEL. El médico  
que ha llamado poco hace.
- LUISA. ¡Médico! ¿Médico usted?... (Con sorpresa.)
- MIGUEL. ¡Qué hay en ello que la extrañe!
- LUISA. Nada, tiene usted razon:  
debí conocerlo ántes;  
(Ap.) (Es médico, sí, no hay duda.)
- MIGUEL. ¿Conque usted querrá explicarme  
qué es lo que siente?
- LUISA. (Mal humorada.) Lo ignoro.
- MIGUEL. Pues el mal no será grave.  
¿Á ver la vista?
- LUISA. ¿La vista?
- MIGUEL. Sí tal, iremos por partes.  
¿Tiene usted unos ojos!... (Con fuego.)
- LUISA. ¿Qué?...
- MIGUEL. Algo turbios. (Con frialdad.)
- LUISA. Adelante.
- MIGUEL. ¿Á ver la boca, señora?...  
¡qué labios, Virgen del Carmen!  
¡qué lábios! (Con entusiasmo.)
- LUISA. ¿Qué es lo que tienen?...
- MIGUEL. Nada: que están muy brillantes,  
(Con frialdad.)  
y es prueba de que padece  
usted una irritacion grande.  
Veremos el pulso ahora.
- LUISA. ¡Lo que usted quiere ~~...~~!... (Exaltada.)
- MIGUEL. ¡Cómo, cómo!...
- LUISA. ¡Es la paciencia!
- MIGUEL. ¡Me ha sorprendido ese arranque!  
Pero, en fin, no es de extrañar;  
¡la bilis quizá!...

- LUISA. (Ap.) (¡El coraje!)
- MIGUEL. ¿Consulto el pulso, si ó no?
- LUISA. (Dándole la mano y ap.)  
(Con tal que de ahí no pases!...)
- MIGUEL. ¡Cielos! ¡qué mano tan blanca!
- LUISA. (Ap.) ¡Anda! atrevete, cobarde:  
atrevete que no miro.) (Volviendo el rostro.)
- MIGUEL. ¡Qué blanca!  
(Miguel va acercando á sus labios la mano de Luisa.)
- LUISA. (Separándola.) ¿Va usted á besarme  
la mano?...
- MIGUEL. ¡Quién tal pensara!
- LUISA. Usted iba á besarla.
- MIGUEL. ¡Dale!  
es que soy corto de vista.
- LUISA. (Ap.) ¡Ya encontró salida fácil!  
que me la bese ó estallo.) (Con ira.)  
¿Necesita usted pulsarme  
más?... (Á él.)
- MIGUEL. No señora.
- LUISA. ¿No?
- MIGUEL. No.
- LUISA. Pulse usted. (Presentándole la mano.)
- MIGUEL. Hice el exámen  
necesario ya, señora.
- LUISA. (Ap.) ¡Pero es este hombre de carne  
y hueso como los otros?  
(Irritada.) ¡Qué ha de serlo! ¡disparate!  
es de yeso, como los  
santi boniti y barati.  
¿Qué hace ahora?...)  
(Miguel durante los últimos versos ha sacado de  
su cartera un objeto diminuto que coloca y en-  
vuelve en un papel.)
- MIGUEL. Exactamente.  
(Á Luisa.) Señora: si ha de aliviarse,  
es necesario que tome  
este globulillo.
- LUISA. ¡Calle!  
¡yo tragar píldoras! nunca.
- MIGUEL. (Entregándole el papel que ántes plegó.)

Pues es fuerza que las trague,  
y en cuanto trague la pildora,  
el alivio ha de ser grande.  
Yo volveré de aquí á poco,  
y entre tanto, evite el aire,  
tenga usted mucho sosiego,  
no se irrite ni se afane,  
que todo se arreglará...  
si se arregla. Hasta más tarde.

LUISA. Vaya usted con Dios, don... (Ap.) (Médico:  
creo que es decir bastante.)

## ESCENA VIII.

LUISA y despues PEPA.

LUISA. ¡Qué hombre, Dios mio, qué hombre!  
¡qué pez! por mejor decir;  
vamos, esto no es vivir,  
y maldigo hasta mi nombre.  
¿Habrá en el mundo un truhan  
parecido? ¡que si quieres!  
y eso que en punto á mujeres  
todos la mano se dan.  
Todos ménos el que yo  
tuve un año por marido:  
¡el pobre! siempre he creído  
que de infeliz se murió.  
¡Ay! ¡cuánto bien hizo el cielo  
al quitarlo de mi lado!  
claro es, quiso ser casado  
pudiendo ser bisabuelo,  
y de mi tutor, al punto  
cruzó por la mente avara  
vender mi cara, algo cara,  
dando así un corte al asunto.  
Por eso hoy que ya me llamo  
viuda, libre, independiente;  
que decir puedo á la gente:  
«Este es el hombre á quien amo.»

Si Dios con su rectitud  
hace que me incline á un hombre,  
lo cual no merece el nombre  
de tirana esclavitud.

Anhele uno que no cese  
de darme susto tras susto,  
uno que sea á mi gusto,  
un hombre, así... como ese.

Que gaste, triunfe y derroche,  
que me haga comer en fonda,  
que sea una trapisonda  
por mañana, tarde y noche.

Que por motivo sencillo  
me dé tal cual sofocon,  
que fume, y que beba ron,  
y escupa por el colmillo.

Si no tiene capital,  
ni sobre qué caerse muerto,  
yo soy rica, y es lo cierto  
que está remediado el mal.

Y yo la primera, yo  
le diré: «Sigue las modas,  
ve á todas partes, á todas...»

¡Es decir! á todas... no.  
¡Pero señor! ¿quién dijera  
que estoy hablando y hablando,  
y pierdo el tiempo contando  
el cuento de la lechera!...

¡Si yo no me he de casar!  
¡si no quiero esclava ser! (Pausa.)

¡Y el caso es, que una mujer  
así no se puede estar.

¡Por vida del miriñaque! (Transición.)

¡si no fuera porque soy  
una mujer, hoy mismo, hoy,  
á la cuestion daba jaque.

Me presentaba al vecino  
y con mucho desparpajo,  
le diría por lo bajo:

«Vecino, sea usted fino.

(En todos los versos siguientes de la escena, la  
actriz irá graduando el diálogo como mejor crea.)

»¿Qué quiere decir, señora?...

»¿Este, mi ruego sincero?...

»quiere decir, caballero,

»que ha sonado ya la hora.

»Que más no puedo callar,

»que tiempo há que una pasión

»fermenta en mi corazón.»

Él. «¡Qué escucho! ¡es singular!...

»Que habla usted muy retehien,

»¡que tiene una boca!... así,

»¡unos ojos!... hasta allí,

»¡y un talle!... hasta allí también.

»Que por lo del contrabando,

»á la plaza, muy formal

»no voy á vender la sal

»que siempre vá usted tirando.»

Él. «¡Es posible!» Yo. «Sí.»

Él. «¡Cielo santo! ¿qué escucho!

«¿Usted me ama?...» Yo. «Mucho.»

Él. «¡Ay de mí!...» Yo. «¡Ay de mí!»

Él. «Señora, sin rebozo,

»míreme usted un instante:

»¡válgame Dios qué semblantel!»

Yo. «¡Válgame Dios, qué mozo!

¡Pero sí, sí, ¡que si quieres!...

(Durante los últimos versos, Luisa ha ido aproximándose á la puerta del gabinete, y Pepa llega á la puerta del fondo diciendo:)

PEPA. (Ap.) (¿Qué he oído?...)

LUISA. (Ap.) En fin, bien va:

lo que sea sonará.

(Entra en su gabinete y Pepa penetra en la escena despues de ver que nadie hay en ella.)

PEPA. ¡Fíese usted de mujeres!...

## ESCENA IX.

PEPA.

¡Vamos! á no haberlo oído  
no lo creo, ¡quién diría!

hace poco, renegando  
del que la sigue la pista,  
y ahora á voces le dice  
que es todo un buen mozo: ¡atiza!

¡Y están en el gabinete  
los dos solos! ¡Vaya, hija!  
se conoce que el vecino  
si entiende de *medecina*  
como asegura el portero,  
te curó con *meopatia*  
de ferrocarril: ¡qué cosas  
suele una ver en la vida!  
Pero en fin, este es el mundo,  
y me voy á la cocina

(Mirando á la puerta del gabinete y moviendo la  
cabeza con intencion.)

que hay olor á chamuscado,  
y debe ser... la gallina.

(Al llegar cerca de la puerta de fondo se detiene  
y exclama:)

Mas creo que alguien se acerca,  
¡claro! siempre esa maldita  
puerta, está de par en par...  
veremos quién se aproxima.

(Al querer salir por la puerta del foro, aparece  
en ella Miguel.)

## ESCENA X.

DICHA y MIGUEL.

PEPA.. ¡Demonio!

MIGUEL. ¡Hola, muchacha!

PEPA. ¡Qué es lo que miro!

MIGUEL. ¿Dónde está la señora?

PEPA. (Pues no adivino.)(Ap.)

Tiene visita. (Á sí.)

MIGUEL. ¿Masculina?

PEPA. (Ap.) (¿Qué dice  
de masculina?)

Si usted quiere, al momento (Á sí.)  
daré recado,

- de que el facultativo  
se halla esperando...
- MIGUEL. No corre prisa,  
y... la verdad, me agrada  
tu compañía.
- PEPA. ¿De veras eh?
- MIGUEL. De veras.
- PEPA. ¡Quién tal pensára! (Aparentando rubor.)
- MIGUEL. ¡Demonio! la muchacha  
se presta á varas.  
¡Y que no es fea!  
¡á que al fin hago una  
de esas que suenan? (Sentándose.)  
Escucha, buena moza. (Á ella.)
- PEPA. (Este va á caza.) (Ap.)
- MIGUEL. ¿Quién hay con tu señora?
- PEPA. Yo no sé.
- MIGUEL. ¡Habla!  
No seas torpe:  
¿si á mí nada me importa!
- PEPA. Pues hay... un hombre. (Con misterio.)
- MIGUEL. ¿Pero es de la familia?
- PEPA. ¡Ni por asomo! (Id.)  
es uno á quien le dice  
que es un buen mozo.
- MIGUEL. ¿Sí?
- PEPA. Yo creía  
que era usted. (Ap.) (¡Rabia un poco!)
- MIGUEL. Pues, ya ves hija.
- PEPA. Como ella siempre... vamos,  
yo soy muy franca,  
por usted... pues, tenía  
lo que se llama...  
¿Usted me entiende?
- MIGUEL. Creo que sí, prosigue.
- PEPA. Pues bien: yo... siempre  
creí que usted sería...  
claro es, el amo.
- MIGUEL. ¿Y ahora has visto?...
- PEPA. (Con intencion.) He visto...  
que no lo es, ¡claro!  
Pero una piensa...

- MIGUEL. Y ya ves cómo engañan  
las apariencias.  
(Pues señor, es preciso (Ap.)  
variar de rumbo.)
- PEPA. Vamos, ¡suceden cosas  
en este mundo!...
- MIGUEL. (Hoy me despido, (Ap.)  
y me mudo de casa  
también hoy mismo.)
- PEPA. Oiga usted, sentiría  
que por mí...
- MIGUEL. ¡Tonta!  
¿acaso tú has creído  
que eso me importa?  
¡No seas necia!  
(Después de mirarla con detenimiento, colócase  
cerca de ella y dice con socarronería.)  
¡Tú sí que me estás dando  
la gran jaqueca!
- PEPA. ¿Qué dice usted?
- MIGUEL. ¡Que tienes  
lo que se llama,  
unos labios y un talle,  
y una garganta,  
y un todo tienes!...
- PEPA. ¡Qué! vamos á ver.
- MIGUEL. Nada,  
que me conviene.
- PEPA. ¿Qué quiere decir eso?...
- MIGUEL. ¿Qué?... que me gustas.
- PEPA. Pues cómpreme usted dulces.
- MIGUEL. ¡Qué más dulzura  
que esos tus labios.
- PEPA. Sí, ¿eh? (Con desgarró.) ¡Alifónsa, baja:  
¡merengues!
- MIGUEL. ¡Vamos!  
Dame con tu boquita...
- PEPA. ¿De lo que comes,  
como las palomitas (Interrumpiéndole.)  
á sus pichones?  
¿No es eso? ¡Vaya!  
¡á que me ruborizo



con esa guasa!

MIGUEL. ¡Te estás de mí burlando!...

PEPA. ¿Yo? ¡quién tal piensa!

MIGUEL. Pues acércate entonces  
y dengues fuera.

(Se aproxima á abrazarla, Pepa le detiene y dice:)

PEPA. ¡Eh! ¡poco á poco!

de *bocú* vengan varas,  
de mano, corto.

(Empieza á retirarse hácia el fondo.)

MIGUEL. Pero escucha, no seas,  
por Dios, arisca.

PEPA. ¡Vaya! que salga pronto  
mi señorita.

Y si no sale...

MIGUEL. Pero mujer, escucha.

PEPA. Pues: aliviarse.

(Pepa se retira por la puerta del foro, en la cual queda Miguel.)

## ESCENA XI.

MIGUEL y LUISA.

Luisa aparece en la puerta del gabinete.

LUISA. ¡Quién habla aquí! (Reparando en Miguel.)  
(Saludándole.) Caballero...

MIGUEL. (Id.) Señora... (Ap.) ¡Y está tan bella!

LUISA. (Ap.) (Pues señor, aquí es preciso  
no dar á este asunto treguas,  
y recobrar mi perdida  
dignidad.)

MIGUEL. (Á Luisa.) ¿Cómo se encuentra  
usted?

LUISA. Bien ya.

MIGUEL. ¿Sí? me alegro,  
según eso, mi receta  
produjo efecto.

LUISA. ¡Asombroso!

MIGUEL. Tal esperaba yo de ella.

- LUISA. Tanto es así, que la guardo dentro del papel envuelta por si ocurre que otra vez á encontrarme llego enferma.
- MIGUEL. ¿Sí? (Ap.) (Vaya, esto significa que tome pronto soleta: sin duda estorbo, ¡está claro! ¡el otro estará de espera!)
- LUISA. ¿No toma usted asiento?
- MIGUEL. Gracias.  
(Ap.) (Lo que tomaré es la puerta.)
- LUISA. Siéntese usted.
- MIGUEL. Tengo cita, señora, que me interesa, y como nunca se debe (Con intencion.) impacientar al que espera...
- LUISA. (Interrumpiéndole.)  
Y más si el que espera, tiene atractivos que hacen fuerza...
- MIGUEL. Pues. (Ap.) (Sabía que era hermosa, pero no que era discreta.)
- LUISA. (Ap.) ¡Háse visto descarado!
- MIGUEL. (Id.) (Me las guillo con presteza.)  
(Á Ella.) Señora... con su permiso...  
(Toma el sombrero.)
- LUISA. (Ap.) ¡Pero se marcha de veras!...
- MIGUEL. Reciba usted por su alivio mi cordial enhorabuena:
- LUISA. Mas supongo, que aunque no sea á curar mis dolencias, vendrá á verme.
- MIGUEL. Si, señora:  
no podrá ser con frecuencia, pero vendré: mientras tanto por si algo ocurrir pudiera ya sabe usted: Miguel Lopez...
- LUISA. ¡Miguel Lopez!... ¡qué rareza!  
yo tambien Lopez me llamo,
- MIGUEL. Y el de Méjico, y docenas de Lopez hay por el mundo, que es fruta que no escasea: pero esos son otros Lopez.

- LUISA. ¿Dónde nació usted?
- MIGUEL. En Rueda,  
un pueblo de cien vecinos,  
y sobre todo de pesca.
- LUISA. (Con regocijo.)  
¡Calle! ¡mi primo Miguel!  
já... já...
- MIGUEL. ¡Primo!
- LUISA. ¡Quién creyera!  
yo soy, Luisa, la sobrina  
del padre de usted.
- MIGUEL. (Ap.) ¡Luégo esta  
es la que me destinaban!...  
¡pues si me caso con ella,  
como mi padre quería,  
~~¡cómo!~~ tengo yo á estas fechas  
un brillante porvenir!
- LUISA. ¡Mi primo usted! ¡qué sorpresa!
- MIGUEL. (Ap.) (Tu primo que casi ha sido  
tu primo de dos maneras.
- LUISA. Ya no sale usted de casa  
ahora. (Le coge el sombrero.)
- MIGUEL. ¡Pues buena es esta!
- LUISA. Nada, lo dicho.
- MIGUEL. Pero, hija,  
recuerde usted que la esperan.
- LUISA. ¡Á mí! ¿quién?
- MIGUEL. Esa visita...
- LUISA. ¡Qué visita!
- MIGUEL. (Ap.) ¡Esta es más negra!  
(Á ella.) Yo no sé, la chica dijo.
- LUISA. ¿Qué dijo la chica?  
(Llamando desde el fondo.) ¡Pepa!  
(Á Miguel.) Si yo no recibo á nadie:  
no adivino quien ser pueda.

## ESCENA ÚLTIMA.

### LOS PRECEDENTES y PEPA.

- LUISA. (Entrando.) ¿Me llamaba usted, señora?
- MIGUEL. (Ap.) ¡Verá usted la que se enreda!

- LUISA. ¿No te he dicho una y mil veces  
(Reconviniéndola.)  
que cuando visita venga,  
digas siempre que no estoy  
visible?
- PEPA. ¡Toma! como era (Refiriéndose á Miguel.)  
el médico, y se coló  
de rondon por esa puerta,  
yo, ¿qué habia de decirle?  
Por lo demas, tengo lengua,  
y aún cuando vengan doscientos,  
lo que es por mí ninguno entra.
- LUISA. Bien, pero entónces ¿quién es  
la visita que me espera?
- PEPA. ¡Y yo qué sé?
- MIGUEL. Pero, chica  
¿no me has dicho?...
- PEPA. ¡Buena es esa!  
yo he dicho que la señora  
tenía visita.
- LUISA. ¡Necia!  
¿y de dónde sacas eso?
- PEPA. ¿Yo? ¡toma! de mis orejas:  
al ménos me ha parecido  
oir que usted misma en esta  
sala, habalba...
- LUISA. ¿Yo? ¡ya caigo!  
¡vamos! ¡qué criadas estas!...  
primo mio, es la verdad:  
¡lo que hacen las bachilleras!  
hablaba, sí, con un hombre,  
sin que el hombre aquí estuviera.
- PEPA. (Ap.) ¡Mire usted el *cursi*! ¡qué pronto  
se va con el cuento á ella!
- MIGUEL. (Ap.) Vamos, ya voy viendo claro.
- LUISA. ¿Conque es decir, que se queda  
usted á comer, no es eso?...
- MIGUEL. Señora, ¡usted me lo ordena!
- LUISA. Ea, deje usted el señõra.
- MIGUEL. Obedezco á usted, si quiera  
por tener algun derecho  
para pedirla que atienda

un ruego mio.

LUISA. ¿Qué es ello?

MIGUEL. Asunto de trascendencia.  
Mi amigo, á quien usted ha dado  
las calabazas más serias  
que se dieron en el mundo,  
que olvide usted el lance, espera,  
y como desde hace poco  
ha concebido la idea  
de obedecer á su padre  
respecto á la boda aquella  
con su prima...

LUISA. Sí, recuerdo.

(Ap.) ¡Ay, Dios mio! ¡tiempo era!

MIGUEL. Sabe por casualidad  
que usted es amiga de ella...

LUISA. (Interrumpiéndole.)

Y quiere acaso que yo  
en su favor interceda  
para que mi amiga olvide  
el desaire que él la hiciera,  
¿no es eso?...

MIGUEL. Precisamente.

LUISA. Si él así lo quiere, sea.

MIGUEL. ¿Y esa amiga accederá?

LUISA. Mi amiga nada me niega:  
pero... ¿qué dirá la gente  
que toda la historia sepa?

MIGUEL. Qué ha de decir, que más vale  
tarde que nunca: ¡por fuerza!

LUISA. Tal vez repruebe la boda.

MIGUEL. Y yo creo que la aprueba.

LUISA. Amen. ¡Pepa! dos cubiertos.

PEPA. ¿Dos? (Ap.) ¡Que no comierais lesnas!

LUISA. El comedor nos aguarda. (Á Miguel.)

MIGUEL. Pues á la mesa.

LUISA. Á la mesa.

MIGUEL. (Dirigiéndose al público y figurando que habla  
aparte.)

Escuchen ustedes ántes  
dos palabras, ó doscientas.

Prima, es un sustantivo

que parentesco demuestra;  
prima tiene de charada  
por lo ménos una letra;  
prima, puede ser pretexto,  
y prima, puede ser cuerda;  
si además de ser yo un primo,  
porque al cielo le pluguiera,  
hago el primo, un primo siendo  
que de su prima se prenda,  
primada, ¡y primada doble!  
en vez de primada y media  
considero esta primada,  
que aún entre primos es seria;  
mas si mi prima me emprima  
medio en broma, medio á medias  
con un primo, de esos primos,  
primos que salen de pega;  
no veré en prima un vocablo  
que parentesco demuestra;  
no veré en prima, la prima  
con que una charada empieza;  
no veré en prima un pretexto;  
en prima, veré una cuerda  
que con un lazo, me libre  
de los lazos que me estrechan.  
He dicho: de *Un primo... primo*;  
compasion ustedes tengan.

FIN.

---

*Examinada esta comedia, no hallo inconveniente en que su representacion se autorice.  
Madrid 27 de Enero de 1868.*

El censor de Teatros,

NARCISO SENRA.

## SEÑOR DON EMILIO MARIO.

Mi querido amigo: Inútil será decir que el éxito obtenido por mi obra, es debido, más que á su escaso mérito, al interés que por ella se han tomado los artistas encargados de su interpretación.

Sírvase V., por tanto, demostrar mi reconocimiento á las distinguidas actrices Stas. Doña Cármen Genovés y doña María Alvarez Tubau, haciéndolo extensivo al notable actor que con su claro talento ha colmado en el desempeño de la parte de Miguel los deseos de su verdadero amigo

*El Autor.*

32

OBRAS DE D. ANTONIO RAMIRO.

---

RESCATE Y ESCLAVITUD..... Zarzuela en un acto.

UN PRIMO... PRIMO..... Comedia en un acto.

LIBROS.

---

UN MILLON DE DISPARATES.

UN VIAJE DE RECREO. (En prensa.)